

Tradición, técnica, hermosura ... pero un resultado algo decepcionante

NURIA BALBANEDA

Aunque *El lago de los cisnes* se estrenó por primera vez en 1877 y posteriormente tuvo diferentes versiones, la que ha permanecido, y referente de todas las producciones posteriores, ha sido la de Marius Petipa, de 1895. De origen francés, Petipa llega a Rusia en 1847, para trabajar como coreógrafo en los Teatros Imperiales, y su reinado se extiende a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX: sirvió bajo cuatro zares y ocho directores; creó 57 ballets, las danzas de 36 producciones de ópera y realizó 17 reposiciones, aunque sólo seis perviven en escena.

Apunta Lincoln Kirstein que la época romántica aporta al mundo un símbolo universal del ballet: el tutú romántico, las puntas y las alas de la *Sylphide*; pero otro tanto se puede decir del tutú de plato, los brazos ondulantes y el tocado de plumas de los cisnes, emblema de la danza clásica. En efecto, *El lago de los cisnes* representa, con *La bella Durmiente*, *Don Quijote* o *La Bayadera*, el gran ballet ruso y el estilo finisecular, y es ejemplo de la fructífera colaboración entre Chaicovsqui y Petipa (recogida en una prolija correspondencia).

Madrid,
domingo, 23 de
abril de 2006.

Teatro Real. El
lago de los cisnes

Coreografía:

Derek Deane,

Frederick Ashton

Música: Piotr Illich

Chaicovsqui. Escenografía: Meter Farmer.

Intérpretes: Odile-Odette, Agnes Oaks;

Príncipe Siegfried, Thomas Edur; Rothbar

Fabian Reimair. English Nacional Ballet.

Orquesta titular del Teatro Real, Orquesta

Sinfónica de Madrid. Dirección musical:

David Coleman



Edur y Oaks
© 2006 by Javier del Real

Hasta aquel momento, la música había estado supeditada a las necesidades de la danza, con resultados más o menos mediocres, y es precisamente Chaicovsqui el que la eleva a la categoría de género musical, dotándola de una dimensión nueva, tanto en lo dramático como en lo musical. Chaicovsqui estudia las dificultades de relación entre música y danza, realizando un minucioso trabajo y proveyendo a Petipa de las mejores partituras.

La adaptación coreográfica de Dereck Deane se acerca más a la tradicional en el segundo y cuarto acto, los más logrados en esta edición, transformando notablemente los otros dos. El primer acto queda minimizado en cuanto a contenidos, desapareciendo partes emblemáticas

de la obra, como el famoso *pas de trois*. El tercer acto adolece de lo mismo, aunque está algo más logrado. Ni las danzas de carácter convencieron, faltas de fuerza, con unas coreografías más bien anodinas (en las *czardas* hubo algún despunte, pero faltan elementos esenciales en movimientos de torso y cabeza), ni 'Siegfried' (Thomas Edur) llegó a brillar en su interpretación, ni como partenaire ni en su sólo. Muy correcto técnicamente, pero su interpretación fue fría.

□

Más afortunada estuvo Agnes Oaks en su doble papel de 'Odile'-'Odette', sin duda prueba de fuego para cualquier bailarina, dada la enorme dificultad técnica e interpretativa del papel. Pero ni su interpretación, ni los bellos y bien disciplinados cisnes, ni la hermosa escenografía consiguieron caldear la abarrotada sala. Una gran compañía, de larga e importante tradición, un envidiable nivel técnico, una hermosa puesta en escena ... pero un resultado algo decepcionante.